

"CUANDO LOS
árboles son
heridos, cuando
su corteza es
abierto por un
golpe, esa herida
debe cuidarse,
porque es como
las de la carne".



el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo nos recibió en el amplio salón de trabajo que tiene instalado en su casa. Dos balcones miran a la calle del Elíseo, y sus vidrios están manchados debido a que, en el exterior, un grupo de obreros reconstruye la fachada. Una chimenea de mármol blanco, de sencillas y elegantes molduras en bajorrelieve, sirve para sostener dos estatuillas de metal que soportan despreocupadamente los *sockets* de la corriente eléctrica, que por el momento están ociosos. Frente al escritorio del ingeniero hay tres hileras de sillas, y en las paredes, en grandes marcos comunes, muchas fotografías de árboles, viveros, bosques sombríos y limpias panorámicas. Dos grandes estantes que albergan folios y rollos de papel; en el techo una moldura que forma un gran óvalo, y por último un quetzal disecado luce vistoso plumaje, parado en una rama sujeta al marco de la puerta abierta, desde donde se ve un busto de Napoleón, con la cara ceñuda caída sobre el pecho, entre los abultados pliegues del capote militar.

El ingeniero Miguel Ángel de Quevedo tiene un

cuerpo delgado, erguido; la barba y el bigote son casi blancos, la piel sonrosada y los ojos profundamente azules, un poco marchitos por el estudio. La frente de "el apóstol del árbol" resulta más venerable debido a que la calvicie la ha prolongado. Durante su charla mantiene una austeridad benévola. Este hombre salió en 1895 a dar un paseo por los alrededores de México, y descubrió que las grandes fábricas movían su maquinaria con vapor, valiéndose de calderas que diariamente consumían miles de leños. El ingeniero exclamó:
—¡Esto es una barbaridad!

DEBEMOS CONSTRUIR JARDINES

Y cinco años después introducía en la metrópoli la primera fuerza hidroeléctrica, con objeto de que la emplearan los industriales y se contuviera en esa forma el desmantelamiento de los bosques. En 1901 fue nombrado regidor de Obras Públicas, y en una sesión del Cabildo enteró a sus colegas de una evidencia inadvertida:
—Señores: México tiene únicamente siete jardines.

La plazuela del Salto del Agua está convertida en un amontonamiento de barracas indecentes, en una verdadera vecindad, donde so pretexto de casas para artistas vive todo género de gentes. La Plaza del Árbol no tiene un solo árbol. ¡Debemos construir jardines!

Los respetables colegas del animoso regidor opinaron que construir jardines equivalía a hacer fuertes erogaciones, y los más criticaron la iniciativa. Pero cuando el ingeniero Quevedo abandonó su curul, la ciudad contaba con cuarenta y dos parques.

Por aquellos años se reunió el Congreso Meteorológico, y el ingeniero Quevedo demostró que la mayoría de los fenómenos atmosféricos están íntimamente ligados con la vegetación. Fue aceptada su tesis, y ella sirvió de base para gestionar la fundación de un Departamento Forestal.

Posteriormente, el ingeniero Quevedo fundó los viveros que están en Coyoacán, en Santa Fe, en el Desierto de los Leones; fundó tres en Xochimilco y tres más en las orillas del Lago de Texcoco.

—Dentro de pocos días —nos dice—, para terminar la quincena del árbol, organizaremos un gran acto en

AMAR LOS ÁRBOLES

por JORGE PIÑÓ SANDOVAL / marzo de 1935

el bosque de El Contador, un hermoso lugar próximo al pueblo de Atenco, de la jurisdicción de Texcoco. Precisamente allí, Netzahualcōyotl, el rey poeta, tuvo su jardín botánico, con invernaderos donde crecían plantas medicinales y también se cultivaban hermosos árboles y plantas de exóticas flores. Nosotros refundaremos un vivero en aquel sitio, que llevará el nombre del gran Netzahualcōyotl. Cambiando el rumbo de su conversación, agrega: —Cuando Humboldt estuvo en México, no le fue posible ocultar su admiración ante nuestros bosques, ante la maravillosa vegetación que cubría nuestras tierras, y en su *Ensayo político de la Nueva España* señaló la conveniencia de cuidar esta inmensa riqueza. Pero lejos de oírle, en poco más de un siglo que llevamos de Independencia los montes han sido destruidos, los pastos quemados, ignorando que con ello sólo se logra destruir las semillas que con la primavera germinarían nuevamente. La creencia de los primitivos habitantes de estas tierras, que veían en el amate, el ahuehuate y el oyamel árboles sagrados, sencillamente porque son como esponjas que retienen el agua, fue substituida por la ignorancia. El árbol, por desgracia, aún tiene muchos enemigos, hombres irresponsables que no comprenden que la vegetación no es un patrimonio

exclusivo de su generación, sino que también pertenece a las que siguen, porque de ella depende que los países sean habitables. Es más, cuando los árboles son heridos, cuando su corteza es abierta por un golpe, esa herida debe cubrirse, cuidarse, porque es como las de la carne; de ella depende la salvación del árbol.

—¿En qué lugar del país se destruyen más árboles, señor ingeniero?

—En Hidalgo —responde amargamente.

—Tenemos entendido que hay muchos pueblos que viven exclusivamente de la leña y el carbón; ¿cómo resolver la subsistencia de esas gentes?

—Cualquier monte ofrece leña seca, despojos que pueden resolver esta situación de los pobres que encuentran su vida vendiendo leña. De ahí nuestra labor entre los campesinos, enseñándoles la conveniencia de cuidar los árboles. Hacemos una labor cultural en todos los sectores, y una prueba de ello son las cartillas que en breve divulgará la Secretaría de Educación entre los niños de las escuelas. Para esto hemos seguido el ejemplo de Europa, en donde el amor al árbol se les inspira a los hombres desde que tienen uso de razón.

Y después nos entera de todas las medidas que ha tomado su departamento para la conservación de

“¡Debemos constuir jardines!”, reclama el *Apostol del árbol*. Fundador de los viveros de Coyoacán, el Desierto de los leones, Xochimilco. Todos, nadie es dueño de los árboles. Las enseñanzas del barón Humboldt

los bosques. En aquel momento suena la campanilla del teléfono y la secretaria del ingeniero anuncia:

—Hablan de Cuernavaca, ingeniero.

Nuestro entrevistado regresa momentos después e informa:

—Los gobernadores del país secundan el asunto. Constantemente recibo telefonemas de larga distancia.

Y nos tendió la mano.



(1859-1946). Ingeniero nacido en Guadalajara, Jalisco. Experto en la construcción de presas hidroeléctricas desde finales del siglo XX, época en la que participó en las obras realizadas en Río Blanco. Asimismo construyó la iglesia de El Buen Tono y la casa matriz del Banco de Londres y México, en la ciudad de México. Sus máximos logros sin embargo, los obtuvo durante los muchos años en que laboró como Jefe del Departamento Forestal de la SARH. Dicha actividad, encaminada principalmente a la labor de reforestación, le valió ser reconocido con el sobrenombre de “El apóstol del árbol”. Su gran amor por la relación entre la naturaleza y el hombre, le hizo donar a la ciudad de México los Viveros de Coyoacán, que eran una parte importante de su rancho denominado “Panzacola”.

EL TRAZO directo, simple, de la mano del caricaturista, no sólo ha delineado sonrisas de lectores al enterarse de las cuitas de sus personajes; sino también ha hecho sudar funcionarios... sudor frío de tinta china, al fin.



Uno es una cosa y quiere ser otra: yo era dibujante, toda mi vida he sido dibujante, pero hay oficios que siempre me han llamado mucho la atención, cosas que me hubiera gustado ser de no haber sido dibujante... Algunos los he llegado a practicar. Por ejemplo, muy joven, yo era cazador de conejos profesional, pues vendía los conejos en la tarde después de cazarlos... Pero me hubiera gustado también ser cantinero o cocinero; sé muchas recetas de una y otra cosa y me gusta la idea de platicar con los clientes. Ahora, como cantinero aficionado, platico con mis amigos...

—Pero yo hice muchas cosas en esos años de juventud. En mi carrera de dibujante me fui a Nueva York a buscar trabajo y en el que finalmente conseguí tenía que asistir a un teatro; uno de los camerinos era mi estudio, digamos, mi cuarto de trabajo. Desde ese lugar, que estaba en uno de los callejones de Broadway, más o menos por la calle 46, oía todo el día ensayar a los actores... En aquel tiempo había espectáculos vivos aparte del cine. También oía mucho tocar saxofón, entonces

mi ambición máxima era conseguir un instrumento y aprender a tocarlo, convertirme en un artista del saxofón... Nunca lo hice, pero me acuerdo que oía cosas monótonas, notas de saxofón —eso me gustaba mucho y todavía me gusta.

—Otra de mis ambiciones era pintar. Pero no le daba más importancia que a la de ser cantinero, saxofonista o aviador.

—De pronto, un día surgieron elementos para pintar, toda la parafernalia de los pintores: las telas, los colores, los pinceles. No sé realmente de dónde salieron pero supongo que me los regalaron. Y empecé a pintar —al principio con muchas dificultades— pero poco a poco fui tomándole cariño... y sobre todo me proporcionaba una tranquilidad para descansar de mis otras ocupaciones. Sin embargo era la más agradable... y seguí pintando y pintando.

—Puesto que la pintura me gusta como un placer, una distracción, prefiero ser totalmente irresponsable al pintar: no tener ninguna obligación con nadie, ni con la crítica que pudiera meterse conmigo en caso de que yo fuera un profesional.

—Yo tuve una educación primitiva en las artes plásticas. Creo que los primeros cuadros que vi fueron los que reproducían los cerillos de *La Central*...

—Después veía libros, calendarios, todo lo que estaba impreso y que reproducía la obra de los maestros.

—Cuando tuve oportunidad empecé a ver museos, en viajes, y en México también. Siempre me gustaron los impresionistas, algunos de los clásicos, los renacentistas y otros posteriores...

—La maja desnuda de Goya tiene una sola pincelada sobre los ojos que le cambia toda la expresión. Eso hay que verlo como con lupa; yo tengo un lente para apreciar ese tipo de detalles. Lo único que me despiertan esos monstruos de la pintura es coraje, envidia, admiración... pero más que todo coraje, por eso los insulto en voz alta; les digo de su madre y demás. Todo lo que se me ocurre en contra del autor se lo digo ahí, frente al cuadro. ¿Cómo es posible que haya hecho esa maravilla?... ¿Cómo es posible que no la pueda hacer yo?

SIN DERECHO A LA MENTIRA

por CLAUDIO ISAAC / enero de 1989

—Cuando ya tenía algún tiempo de pintar como diversión, me encontré con que había interés en que se expusieran mis cuadros en museos. Para mí fue una sorpresa agradable: nunca aspiré a que mis cuadros se expusieran, ya no se diga en museos, ni siquiera en galerías. Tampoco pensaba comercializarlos... De modo que fue un gran privilegio que el Museo de Arte Moderno de México se interesara en mí. Fui a la exposición varias veces como público, y me gustaba mucho escuchar lo que decían las personas que estaban junto a mí sobre los cuadros y los letreros que tenían debajo... Fue una gran experiencia: vi todo lo que uno puede llegar a ver en sus propias cosas, todos los defectos técnicos que tenía. Sin embargo, en el conjunto, me gustó. Me parecía que había gracia en lo que había hecho en los últimos años. Es algo de lo que nunca me he arrepentido. Cuando me regalaron los primeros pinceles y telas me dieron la mejor bendición que puede alguien recibir en la vida.

—Todos los pintores tienen un estilo definido o buscan un estilo y lo siguen durante su vida. Yo soy exactamente lo contrario, no quiero ningún estilo, quiero irme por cualquier lado...

LAS GANAS DE PINTAR TODO

—A veces, concibo el cuadro rápidamente. Otras, pinto algo que no sabía que iba a pintar: tomo la tela en blanco y pinto simplemente lo que me da mi gana, ya sea un hombre, una mujer o una silla, y sigo, haciendo una cosa de un lado, otra del otro, hasta que se va formando el cuadro solo.

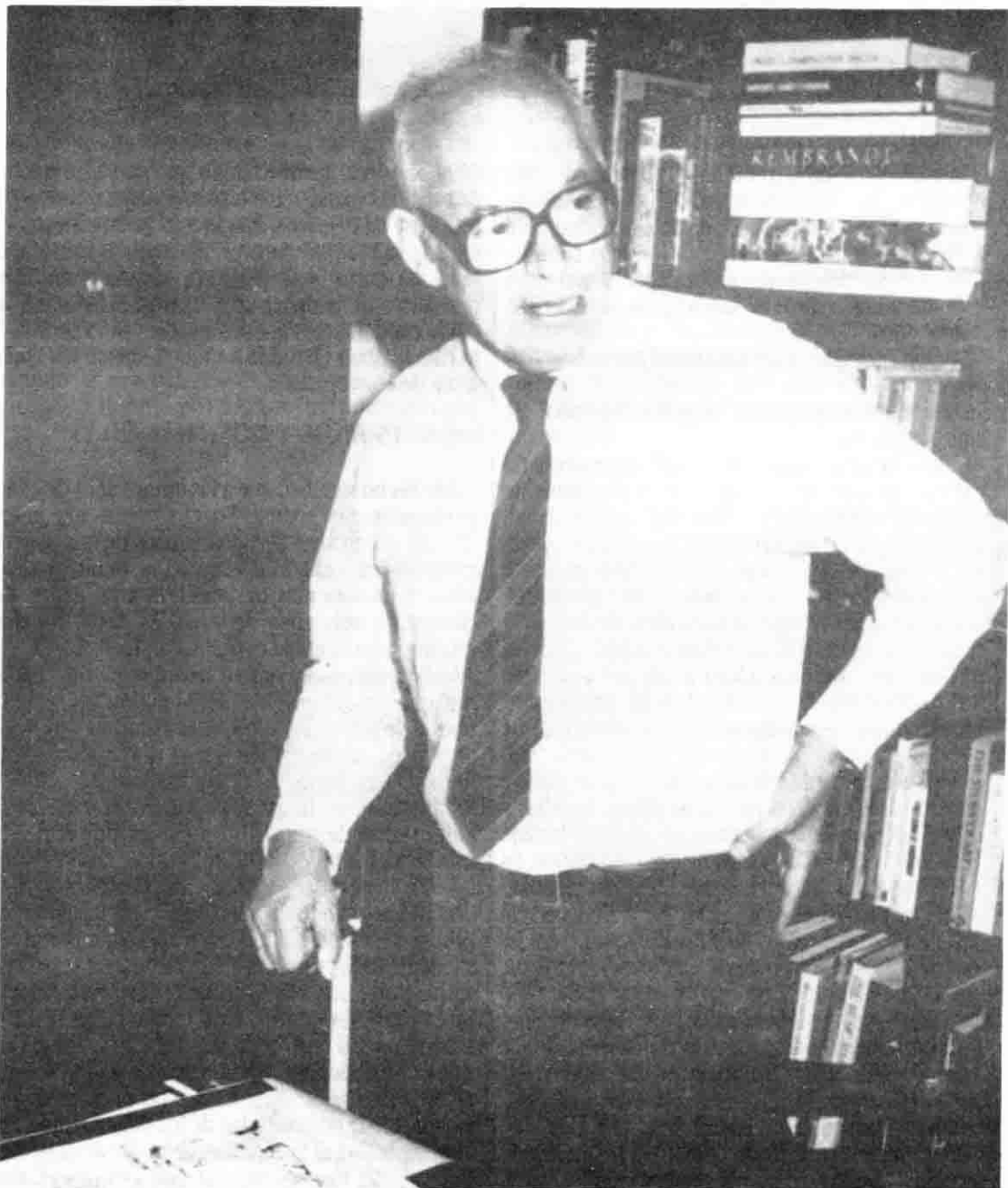
—Otro aspecto son las experiencias personales. Cuando voy de viaje, yo dibujo lobbies de hoteles, mujeres, bares, calles y todo lo que me gusta: los tranvías, los trenes, los aviones. Todo eso lo convierto después en cuadros. El cuadro no termina en la pintura, hay que ponerle título. A mí me ha gustado hacerlo no sólo con mis cuadros, sino con mis cartones periodísticos. A veces he tardado más en pensar un título adecuado a un cartón o a un dibujo que en hacer el dibujo en sí. Y me sucede lo mismo con las pinturas... hay una continuación de la idea, un complemento en el título.

—Una de las tendencias de los pintores es imaginarse cosas que no existen; hay quien dice que ellos pintan mentiras y quizá sea cierto. A mí me gusta la verdad como fondo de las cosas. En todo lo que uno dice debe haberla. En el humor, si no existe la verdad, no hay ningún sustento en nada; es un humor intrascendente y frívolo, un chiste. Cuando existe la verdad en el fondo de algo donde se usa el humor, entonces hay una idea, una idea completa. Pero cuando se pinta eso no tiene sentido. Los pintores tienen derecho a la mentira.

—En la pintura hay dos aspectos muy importantes: la técnica, que yo no domino y ante la cual me he dado por vencido, aunque no me preocupa mucho, y algo muy misterioso, que me preocupa

más y que los norteamericanos llaman *knack* o *it* o *oomph* para referirse a la personalidad, al atractivo personal o al imán de algunos artistas de cine. En la pintura hay algo parecido a lo que tienen los toreros que llaman *de clase*, y que nadie puede explicar... En el prólogo a un libro decía que ese algo —por llamarlo de algún modo— es lo que tenían las manzanas de Cezanne, que sin él hubieran sido simples manzanas. El cogió unas manzanas y dijo: voy a pintar unas manzanas que hagan hablar de manzanas a todo París. Y lo logró. No sólo a todo París sino a todo el mundo. Eso que puso Cezanne en sus cuadros es lo que uno busca, lo que uno quisiera tener o encontrar, aunque tal vez se encuentre cuando uno no lo busca. Es precisamente el misterio. Pintar es ir en pos de aclarar un misterio.

Cazador de conejos, aspirante noctívago del saxofón. La tranquilidad sorpresiva de la pintura. "Cuando viajo dibujo lobbies, mujeres, tranvías, todo lo que me gusta". Las manzanas de Cezanne. Un caricaturista quema las naves en beneficio del color



Nació en el año de 1920, en Monterrey, y falleció en abril de 1991. La ingeniería mecánica fue en un principio la profesión que atrajo al joven AQ, pero los países, los sitios de interés y las grandes ciudades fueron más imán, por lo que se convirtió en un viajero infatigable. Nueva York primero y más tarde el DF le abrieron los senderos de la publicidad y el periodismo. Como caricaturista dio vida a los personajes del Charro Matías y Gastón Biletes, y por su gracia y estilo no tardó en conquistar el gusto de los lectores. Fue caricaturista de los diarios *Cine Mundial*, *Ovaciones*, *Excelsior* (1956-1976) y *Novedades* (1976-1989). La televisión fue otro de sus escenarios. El papel y los lienzos fueron sus medios de expresión preferidos. En 1985 sorprendió a propios y ajenos al exponer su obra pictórica en el Museo de Arte Moderno de México D.F. En 1975 su quehacer en la prensa fue galardonado por el Club de Periodistas de México y en 1980 recibió el Premio Nacional de Periodismo. Dos libros salieron de sus manos: *El mejor de los mundos posibles* y *Nosotros los hombres verdes*.

MAESTRO DE
criminólogos. El
único a la altura
de los grandes
investigadores de
la realidad o la
ficción. Sus casos
más célebres:
Sampietro, Goyo
Cárdenas,
Sobera de la
Flor...



Con la frente amplia irradiando sabiduría, nos recibe el doctor Alfonso Quiroz Cuarón. Máxima autoridad nacional en las ciencias de la criminología. Hemos querido indagar los orígenes un tanto oscuros de su vocación. Así se lo preguntamos:

—Doctor, ¿por qué se decidió usted por esta difícil profesión?

Su respuesta es toda una biografía inspirada. He aquí sus palabras:

—La muerte de mi padre marcó definitivamente mi camino profesional. Por ello, independientemente de la huella profunda que dejó en mi personalidad, imposible que no recuerde aquel 3 de noviembre de 1925. Tenía yo quince años y era una tarde nublada. —Recuerdo que, como si presintiera algo, me aislé en uno de los salones frente al edificio en el que recibía clases, cuando llegó mi tío el doctor Alfredo Cuarón, diciendo que mi padre había tenido un accidente. Sus palabras me sonaron lúgubres en grado extremo, aunque no podía entender en ese momento qué es lo que exactamente había ocurrido. De inmediato fuimos a la vieja estación de ferrocarril, en donde ya habían recogido el cuerpo de mi padre. Su oficina estaba en completo desorden. Me costaba trabajo reconocer aquel sitio como el lugar en donde mi padre pasara tantas horas ganando el sustento para poder mantenernos a mis hermanos y a mí, no sólo por su ausencia física, sino porque mi padre era un hombre ordenado como pocos. Y siendo él así, me resultaba inconcebible que su oficina se hallara con papeles e implementos de trabajo regados por doquier. De ahí fuimos al edificio Bergen, donde entonces vivíamos, y vi una imagen que se me quedó grabada para toda la vida: tendido en una cama estaba el cuerpo de mi padre.

—El homicidio ocurrió de la manera más cobarde, porque el asesino se acercó por la ventana de atrás

de la oficina y, aprovechando que mi padre estaba de espaldas trabajando en su escritorio, le descargó una serie de disparos, matándolo instantáneamente. Este crimen, al parecer sin motivo, constituyó todo un suceso en Tampico, al punto que los periódicos de la época se ocuparon extensamente del hecho, en tanto que los sectores de la sociedad lo comentaban en todos los tonos, siendo obligado tema de conversación.

15 AÑOS Y DOS TRAGEDIAS

—Este hecho significó que a los quince años de edad perdiera a mis padres. En efecto, un año antes falleció mi madre a consecuencia de un cáncer ginecológico, cuando apenas tenía treinta y siete años. Y un año más tarde perdía a mi padre, de cuarenta y seis años de edad. Es decir, los dos murieron en la etapa evolutiva de la madurez.

—Ambos acontecimientos, necesariamente, tuvieron que producirme un desequilibrio emocional, pues si de por sí la adolescencia es una etapa crítica de la vida, había un agravante que hizo que ese desequilibrio lógico de la edad se incrementara en mí: primero, un hogar roto por la desgracia de la enfermedad de mi madre, y luego, por el hecho trágico del homicidio de mi padre. Los hijos no quedan en muy buenas condiciones para tener éxito en la vida cuando en esa forma ven deshecho el hogar. Y ese desequilibrio lo empecé a sentir al día siguiente de la muerte de mi padre, cuando tuve que asistir a un cortejo fúnebre numeroso, presenciar la sepultura y ver aún fresca la tumba de mi madre.

—Estoy seguro que desde ese día quedó sellado mi futuro profesional, pues a partir de ese momento sentí la necesidad de entender las necropsias y el estudio de la personalidad de los delincuentes. Por ello, andando el tiempo llegué al Servicio Médico Forense del Distrito Federal, con el maestro José

Torres Torija, y a Prevención Social, con mi insigne maestro el doctor José Gómez Robleda, en donde aprendí la psiquiatría forense para poder realizar (como lo hice tiempo después) numerosos estudios de la personalidad de los malhechores. Dicho en otras palabras, seguí el camino de la sublimación en cuanto a los estudios y la ocupación, en virtud del homicidio cometido en la persona de mi padre.

—Pero sigo con el hilo de mi vida. En el año de 1929 estaba en la Presidencia de la República el licenciado don Emilio Portes Gil y se produce la natural emigración de tamaulipecos hacia la ciudad capital, representada en su música por Ernesto Cortázar y su conjunto llamado "Los cuerudos tamaulipecos". Junto con ese grupo vino a radicar a la ciudad de México mi tío el licenciado Matías Ochoa, mi tía Beatriz y mis hermanos; mi tío es nombrado magistrado del Consejo Supremo de Defensa y Prevención Social, al igual que los magistrados don Manuel Gamio, don José Almaraz —el verdadero agitador para la Reforma Penal Mexicana—, la doctora Matilde Rodríguez Cabo y el licenciado Carlos L. Ángeles.

—Es mi tío quien me procura un empleo en el juzgado cuarto correccional, que estaba en Belén, en calidad de mozo. En ese juzgado fueron jueces dos hombres a los que admiré profundamente: don Enrique Arévalo y don Genaro Ruiz de Chávez, que llegara a ser ministro de la Suprema Corte de Justicia, y aunque, como digo, entré a trabajar en calidad de mozo, en realidad nunca lo hice como tal, sino más bien llevaba los libros de registro, alguno de ellos llamado "de gobierno".

—Como mi tío radicaba en la ciudad de México y tenía una casa muy bonita en la calle de Medellín número 167, en la colonia Roma, ahora me correspondía invitar a su casa a mi condiscípulo Vicente Adame, al cual también llegué a visitar un sinnúmero de veces en el cuarto en donde vivía. Por mi parte, ya en ese entonces había dejado la vecindad de la

CRIMEN Y CASTIGO

por JOSÉ RAMÓN GARMABELLA / febrero de 1978

calle de Cacahuatal y recorrí muchas casas de huéspedes, siempre mejorando: de la calle de Regina, a las Vizcaínas y luego a la colonia Roma. Mis amigos en esos días eran los de la bohemia unitaria y también los del terrible grupo de "la Jija", que eran unos pícaros simpatísimos. De mi grupo de amistades, el más inteligente era Alfonso Sabido, y el extrovertido y alegre era Jaime Reyes. De toda esa época obtuve una enseñanza para el futuro: el haber pasado penurias, creo me fue muy útil, porque después he sabido disfrutar lo poco, porque lo poco es *algo* y *algo* es mucho.

—Un año más tarde, en 1930, me pasaron como practicante al Servicio Médico Forense del Distrito Federal. Estaba en lo que realmente me interesaba, esto es, la medicina legal. Recuerdo que en aquel entonces las necropsias se realizaban en el Hospital Juárez, y si bien existía una pobreza en lo material, en cambio había una riqueza en cuanto a los médicos, que eran intachables. Ni quien pudiera dudar de la honestidad de un Torres Torija, director del Servicio Médico; de un Lozano Garza, de un Salvador Iturbide Álvarez —quien vive felizmente—, de un Rojo de la Vega, quien además era un extraordinario médico de toreros, o de un don Arturo Baledón Gil, desafortunadamente fallecido el 5 de febrero de 1975. De todos ellos aprendí mucho, y mucho les debo de acuerdo con el juramento hipocrático: "A aquel que me enseñó este arte, le estimaré lo mismo que a mis padres..."

—En el Servicio Médico Forense mi entrenamiento fue intensivo, pues pasé de las necropsias a la traumatología, a la sexología y a la psiquiatría forense. De practicante, fui ascendiendo a otros puestos: enfermero especialista en el Departamento de Prevención Social de la Secretaría de Gobernación y, en agosto de 1939, jefe de la Sección Médico Psicológica del Centro de Observación del Tribunal de Menores, con un sueldo de doscientos diez pesos mensuales, que para mí era un sueldo fabuloso.

—Con respecto a la psiquiatría forense, que también me interesaba, se la aprendí al maestro José Gómez Robleda, jefe de la Sección Médico Psicológica del Consejo Supremo de Defensa y Prevención Social, además de médico del Manicomio General de la Castañeda en el pabellón de observación. Y es aquí en donde asistimos a un hecho profundamente trascendental: el nacimiento de la criminología en México o, más concretamente, de la clínica criminológica en nuestro país, que nace a impulsos del doctor Gómez Robleda y de otros médicos tan destacados como González Enríquez, Benjamín Argüelles y Matilde Rodríguez Cabo. Con este grupo de eminencias que trabajaban en Lecumberri estudiando a los reclusos, aprendí psiquiatría forense y el trato de los presos. Esto ocurrió durante los años de 1932 y 1933. Gracias a sus magníficas enseñanzas, cuando fui invitado en 1965 a la República Dominicana, a investigar crímenes de guerra, pude hacer varias necropsias con resultados satisfactorios. Pero de eso hablaré en el momento oportuno.

—En 1934, el maestro José Gómez Robleda, los doctores Benjamín Argüelles, Alejandro Reyes y yo,

emprendimos un interesante trabajo de investigación en el Hospital Morelos, estudiando prostitutas. Llenamos un gran librero del Departamento de Prevención Social de Gobernación con las historias clínicas y las observaciones de las cuales a mí me correspondieron las exploraciones endocrinas y parte de las mentales; nos faltó tiempo para la elaboración y exposición de ese material, de lo que me arrepiento a la fecha, pues habría permitido actualizar los estudios de César Lombroso, Ferrero y la doctora Tarnowsky. No obstante, una síntesis de estos estudios fue presentada por el doctor Benjamín Argüelles en alguno de los congresos nacionales de sociología, como ponencia del Departamento de Prevención Social de la Secretaría de Gobernación. —Para 1938 tuve que plantearme el dilema de recibirme profesionalmente de médico o de criminólogo; entre los primeros hubiera sido uno de tantos, y entre los segundos cabía la oportunidad, con el tiempo, de ser el primero.

—Era Gómez Robleda muy amigo de don Manuel Gómez Morín, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, y de don Francisco González de la Vega. En aquella época aparecía en los programas de la Universidad la carrera de criminología. Para realizarla se necesitaba el bachillerato de ciencias biológicas —que ya había realizado— y cursar las siguientes materias: psiquiatría forense, medicina legal —que también las había estudiado—, estadística, sociología y derecho penal. Le expliqué la situación al rector Gómez Morín y dictó el acuerdo correspondiente. Pagué las materias que no había estudiado, y cuando se me planteó el problema de la tesis recepcional, opté por lo que ya sabía hacer por haberlo hecho muchas veces: el examen integral

"A partir de este momento sentí la necesidad de entender las necropsias y la personalidad de los delincuentes". Mozo, enfermero, criminólogo. Dos muertes demasiado próximas y una orfandad sublimada. Psiquiatría forense, delitos sexuales, crímenes de guerra...

de la personalidad del infractor, trabajo que llevó por título "El examen somático y funcional. Su técnica".

—Todavía en ese año de 1939 temía volver a Tampico, pues los recuerdos me desagradaban. Sin embargo, vencí el temor y desde ese entonces siempre que he vuelto he hecho una peregrinación ritual, generalmente solo: cuando existía, iba a la antigua estación de ferrocarril, concretamente al sitio en donde murió mi padre y en donde pude recoger el lápiz tinta que tenía en la mano al momento de morir, así como sus anteojos con los cristales rotos; después, al cementerio, a visitar las tumbas de mis padres, las cuales, y mientras vivía Juan de Dios Guzmán, siempre estaba cuidadas y tenían plantas.

(1910-1978). Primer criminólogo graduado por la UNAM en 1939. Durante su actividad profesional, desarrollada a lo largo de muchos años en el campo de la criminológica, participó destacadamente en casos famosos: estableció, en 1941, la verdadera personalidad de Jaques Mornard, el asesino de León Trotsky, oculta hasta ese momento con una falsa personalidad; estudió el caso del multiasesino Gregorio ("Goyo") Cárdenas, en 1943; resolvió el caso de el falsificador Enrico Sampietro, durante el año de 1948; y, en 1952, analizó la personalidad de Higinio "El pelón" Sobera de la Flor. Alejado por completo de ese campo, coordinó los estudios para establecer la autenticidad de los restos del último emperador azteca, Cuauhtémoc, encontrados por Eulalia Guzmán en 1954. En 1965 es comisionado de la ONU en la República de Santo Domingo para analizar el comportamiento de los soldados norteamericanos. Por último, gracias a una propuesta suya, desaparece el penal de Lecumberri y se crean los diversos reclusorios de la ciudad de México.

